



Padre y hermano, como san José

Día del Seminario 2021

Catequesis para adultos



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Padre y hermano, como san José

Catequesis para adultos

Introducción

En este año de san José, convocado por el papa Francisco nos fijamos en la figura del padre en la tierra de Jesús para descubrir con mayor profundidad la figura y misión del sacerdote. San José es uno de nosotros, de nuestra carne y sangre, y por tanto hermano; y, como padre de Jesús, es también padre nuestro en la fe. Una expresión que define muy certeramente la misión de san José como padre es la utilizada por san Juan Pablo II en su conocida carta encíclica *Redemptoris Custos* (*Custodio del Redentor*).

El verbo *custodiar* es definido por la Real Academia Española como «guardar algo con cuidado y vigilancia». Todos tenemos algún bien, alguna posesión, que guardamos de este modo, buscando conservarla en las mejores condiciones posibles y que no se extravíe. Y esta custodia se hace mucho más intensa y delicada cuando lo que tenemos entre manos no es un qué sino un quién: un hijo, un familiar dependiente, unos padres ancianos... El que custodia bien sabe que una parte de su vida estará puesta en la búsqueda del buen estado de aquello que guarda, porque es significativo para él, y que siempre tendrá un pedazo de su corazón puesto en ello o en ellos.

En la Sagrada Escritura, desde la creación del mundo, el hombre recibe la tarea de custodiar y guardar los bienes creados por Dios,

en concreto, el jardín del Edén (cf. *Gén* 2, 15). Sin embargo, no es capaz de realizar esta custodia tal y como Él quiere, pues el pecado se introduce y distorsiona esta relación del hombre con el resto de la creación. Y Dios, queriendo dar oportunidades al hombre, le entrega un hermano, como vemos en el texto de Caín y Abel (cf. *Gén* 4, 1-16). Esa oportunidad tampoco es aprovechada, puesto que el hombre no llegará a entenderse a sí mismo como custodio de su hermano (cf. *Gén* 4, 9). Las oportunidades no se acaban, y Dios establece con Abrahán y su descendencia una alianza para que el hombre la guarde y custodie. Ese custodiar es expresado en el Génesis siempre con el mismo verbo hebreo, *šamar*, y se prolongará en todo el Antiguo Testamento como compromiso que adquiere el pueblo de guardar la Ley, fruto del pacto y la alianza establecidos con Dios.

El Nuevo Testamento utiliza esta palabra (esta vez con el término griego φυλάσσω) para seguir hablando del cumplimiento de los mandamientos, entre otros casos. Además del término, son muchas las ocasiones en las que la actitud de los personajes nos muestra una disposición a la custodia. Es el caso, evidentemente, de Jesús, que busca custodiar la voluntad salvífica de su Padre y el bienestar de todos. Y es el caso también de san José, que con su obrar busca siempre la protección y la custodia de la Sagrada Familia de Nazaret.

Así pues, continuando en la línea de esta historia de salvación, la acción de proteger y custodiar es una llamada que toda la humanidad recibe para cuidar de lo otro y de los otros, tanto si es pertenencia en propiedad como si ha sido dado en calidad de prestación, como es el caso de la naturaleza o la vida humana, por ejemplo. Y en especial, los cristianos reciben una invitación a custodiar y preservar todo lo que ha sido regalado por Dios, y hacerlo por amor a Él.

Pero si esa custodia es una llamada y una responsabilidad de todos los cristianos, incluso de los alejados o no cristianos, los sacerdotes

reciben de Dios una llamada especial a custodiar a los hermanos, a ponerse a sus pies, despojándose de sí mismos en atención al bien de los demás.

1. El sacerdote, custodio

El sacerdote realiza dos funciones principales, en las cuales se engloban y clasifican el resto de las tareas que realiza: estar con el Señor, orar; y estar cerca de los hombres y mujeres de este mundo, haciendo presente a Cristo en medio de ellos. Ambas, la atención a Dios y al hermano, las lleva a cabo de un modo eminente en el ejercicio de su ministerio, cuando realiza su triple misión de enseñar, santificar y gobernar. De este modo, oración y acción no puede separarse la una de la otra: sin la oración, no puede haber un verdadero acercamiento al hermano desde Cristo; y sin el ejercicio de la caridad con el prójimo, queda sin tomar carne la oración a Dios. La perfecta ejecución de todo esto se dará solamente si en todo momento atraviesa la vida y el ministerio sacerdotal el amor, concretado en una actitud de querer salvar y guardar al otro, de custodiarlo del mal y acompañarlo hacia el bien.

Por tanto, esa custodia que el sacerdote hace de los demás pasa por la oración y por la acción. En la oración, el sacerdote no reza solo por sí mismo, no es el centro. El sacerdote tiene muchas almas en la mente y en el corazón, muchas necesidades, muchos sufrimientos de otros, también muchas alegrías. Cuando se pone delante del Señor, ese deseo de que el otro esté bien, de que esté guardado por Dios, se concreta en la presentación de todas esas vidas que requieren una intervención y una cercanía especial por parte de Dios. Pues «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los

discípulos de Cristo»¹. En Jesús encontramos el mejor ejemplo de esta voluntad de custodiar al otro, por ejemplo, en la oración que se nos presenta en *Jn 17*, en la que pide al Padre que los guarde a todos en su nombre (cf. *Jn 17*, 11). Precisamente esa oración es conocida como «oración sacerdotal», puesto que en ella el Señor manifiesta poseer un verdadero corazón de pastor.

Y no solo interviene el sacerdote en el bienestar de los demás desde la oración, sino desde la misma acción, desde el ejercicio de la caridad. De nada valdría orar mucho si después no hay presencia, puesto que uno de los modos que tiene Cristo de situarse en medio de la vida de las personas es a través de sus ministros, que son el rostro de Cristo. Las palabras, la mirada, el amor de un sacerdote reflejan las palabras, la mirada y el amor del mismo Cristo.

Esto no significa que el resto del pueblo de Dios, los fieles laicos y los religiosos estén exentos de esta tarea de custodia. Es evidente que cada uno, desde el lugar que Dios le pide en el mundo y en la Iglesia, ha sido llamado por Dios para amarlo a Él y a los demás, guardando todo lo que viene de lo alto. Es una tarea de custodia desde el amor que adopta infinitas caras y manifestaciones.

- ¿Custodias con tu oración a aquel que lo necesita? ¿De qué modo?
- ¿Custodias con tu acción a aquel que lo necesita? ¿De qué modo?
- ¿Crees que Dios te pide un ejercicio de esa custodia y de la caridad más intenso que el que ya estás realizando?

Desde la oración, todos pueden experimentar también esa llamada a proteger al otro y, también en ella, ponemos en la presencia del Señor a los sacerdotes para que ejerzan su ministerio desde esa

¹ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 1.

atención y esa caridad, desde la entrega y el olvido de sí, desde la humildad y el despojo de sí mismos. Para todo esto, es necesaria la gracia que solamente Dios da.

2. Custodio del hermano: ¿quién es mi hermano?

Los sacerdotes, todo el Pueblo de Dios, están llamados a guardar al otro. Pero ¿quienes son estos “otros” para el sacerdote? El lema de este año para el Día del Seminario dice: «Padre y hermano, como san José». El otro, para el sacerdote, es también su hermano. O, dicho de otra manera, su prójimo. Y, ¿quién es mi prójimo? La mejor respuesta la da el mismo Jesús en los evangelios, en un texto que ha sido recogido por el papa Francisco y que ha tomado como base de su última encíclica:

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo*». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los

bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo» (Lc 10, 25-37).

El alcance de la palabra «prójimo» adquiere, desde el evangelio, un horizonte mayor que aquel que parece más evidente: el prójimo no es solamente el más próximo, el que tengo al lado de continuo, sino toda persona que uno se encuentra en el camino de la vida, aunque sea de un modo puntual, y no sea de manera física.

Aun con todo, el papa Francisco nos sale al paso para aclararnos mejor el concepto, y proyecta un cambio de perspectiva sobre la identidad del prójimo:

Jesús propuso esta parábola para responder a una pregunta: ¿quién es mi prójimo? La palabra “prójimo” en la sociedad de la época de Jesús solía indicar al que es más cercano, próximo. Se entendía que la ayuda debía dirigirse en primer lugar al que pertenece al propio grupo, a la propia raza. Un samaritano, para algunos judíos de aquella época, era considerado un ser despreciable, impuro, y por lo tanto no se lo incluía dentro de los seres cercanos a quienes se debía ayudar. El judío Jesús transforma completamente este planteamiento: no nos invita a preguntarnos quiénes son los que están cerca de nosotros, sino a volvernos nosotros cercanos, prójimos.

La propuesta es la de hacerse presentes ante el que necesita ayuda, sin importar si es parte del propio círculo de pertenencia. En este caso, el samaritano fue quien se hizo prójimo del judío herido. Para volverse cercano y presente, atravesó todas las barreras culturales e históricas. La conclusión de Jesús es un pedido: «Tienes que ir y hacer lo mismo» (Lc 10, 37). Es decir, nos interpela a dejar de lado toda diferencia y, ante el sufrimiento, volvernos cercanos a cualquiera. Entonces, ya no digo que tengo “prójimos” a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros².

² FRANCISCO, *Fratelli tutti*, nn. 80-81.

De este modo, el papa plantea no solamente mirar a los otros y considerarlos como prójimos y hermanos, sino que yo mismo me haga prójimo de los hermanos.

Los sacerdotes han sido llamados a entregar su vida por la salvación y la santidad de los hermanos. La llamada que reciben es doble, en este sentido: por un lado, su mirada no puede ser hostil hacia nadie, pues en todos los que Dios ha puesto en su camino están llamados a contemplar a un prójimo, sintiéndose guardianes suyos (cf. *Gén* 4, 9), y recordando que «cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt* 25, 40); por otro lado, están llamados a convertirse ellos mismos en prójimos que se detienen ante el otro, realizan los primeros auxilios, montan al otro en la propia cabalgadura, conducen al lugar de sanación, y se hacen cargo de todo lo necesario³. Ahí está precisamente el servicio que todo sacerdote está llamado a prestar a los hermanos.

¿Quién es el hermano? Es todo aquel que clama en la necesidad, que requiere de mí, y que requiere de Dios, sabiendo que yo puedo hacerlo presente de distintas maneras. De este modo, el hermano puede encontrarse también al otro lado del mundo, porque todos somos criaturas de Dios e hijos de Dios, y mi protección para con él puedo realizarla de mil maneras, desde la oración hasta la misión, desde la ayuda económica hasta la material-humanitaria. En esto, sacerdotes, y también laicos, llamados a salvaguardar la vida del hermano desde el mismo momento en que tomamos conciencia y razón de nuestra misión, podemos colaborar para que la presencia de Cristo se haga palpable desde esa custodia y caridad con todos.

³ El sacerdote se detiene ante el otro, considerando que, en el hermano, está pisando terreno sagrado (cf. *Éx* 3, 5), lo auxilia en la pena y el dolor cotidiano, lo monta en el camino de la propia experiencia de vida en Dios y desde Dios, lo conduce a la sanación que solo Dios da y, para ello, hace todo lo que sea necesario y esté en su mano.

- ¿Quién es tu prójimo? ¿De quién te consideras tú prójimo?
- ¿Qué haces actualmente por tu hermano? ¿Qué más podrías hacer? ¿A qué te está llamando Dios con respecto a tu prójimo?

3. Custodiar a los más frágiles

La llamada que recibe el sacerdote, a ser padre, protector y custodio del hermano se hace más apremiante cuando el hermano se encuentra en una situación de grave necesidad, y requiere de los demás una verdadera atención. Cualquiera puede ser para nosotros «objeto de cuidado», pero mucho más aquel que se encuentra desvalido, sin capacidad de cuidarse a sí mismo, sin nadie más que lo atienda. Apremia a esto el amor de Cristo (cf. 2 *Cor* 5, 14) y el reconocer que Cristo está presente en cada una de esas personas que el Señor pone delante de nosotros.

El sacerdote asiste también al prójimo más frágil. Este hermano puede encontrarse donde menos se espera: un miembro de la comunidad, una persona de la calle del pueblo donde sirve, e incluso el desconocido que en otro país sufre y muere de hambre y sed. El sacerdote sale de sí mismo, va al encuentro de cada persona que sufre, y los protege de todo aquello que le va quitando la vida, ya sea un elemento esencial material, como el hambre, la sed, la falta de vivienda, o un elemento espiritual, acercándose con un oído que escucha atento, una boca que pronuncia palabras consoladoras, un corazón de pastor que reconcilia con Cristo, o que unge por última vez preparando para el encuentro con el Señor. El sacerdote sabe orientar la vida de la persona hacia su mejor horizonte posible para seguir caminando. Para ello, conoce bien a las personas que tiene delante, y conoce también qué posibilidades ofrecen el Estado y la Iglesia en el lugar en que se encuentra. Su custodia del pobre y necesitado pasa por el conocimiento de las realidades que le rodean.

Del mismo modo, los fieles laicos reciben esta llama de atender y custodiar la vida de los que más lo necesitan. De hecho, su incidencia en este campo puede ser mucho mayor, por la mayor posibilidad de adentrarse en los asuntos temporales del mundo. Cuando un fiel laico lucha por la conservación de la vida y la dignidad del otro desde la concepción hasta la muerte natural, está siendo custodia y guardián de su hermano. Cuando lucha ante las injusticias del mundo para con quienes no pueden defenderse, está siendo custodia y guardián de su hermano. Cuando se quita de lo suyo para darle al que no tiene, está siendo custodia y guardián de su hermano.

- ¿Cómo es tu atención al hermano más frágil?
- ¿De qué modo concreto colaboras en este servicio caritativo hacia el más desfavorecido?

Puede iluminarnos un fragmento de *Fratelli tutti*, que nos habla del servicio y la cercanía con los más frágiles:

En estos momentos donde todo parece diluirse y perder consistencia, nos hace bien apelar a la solidez que surge de sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común. La solidaridad se expresa concretamente en el servicio, que puede asumir formas muy diversas de hacerse cargo de los demás. El servicio es «en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo». En esta tarea cada uno es capaz de «dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas⁴.

⁴ FRANCISCO, *Fratelli tutti*, n. 115.

4. Custodios al modo de san José

Finalmente, volvamos a examinar esta acción de custodiar. Para ello, vamos a incidir en la figura de san José, que siempre ha sido invocado como «custodio de Jesús». Lo haremos de la mano de Francisco que, en la carta apostólica *Patris corde*, hace una descripción magnífica, basada en los evangelios, de la vida y misión del patrón de los seminaristas y de la Iglesia universal, también patrón de los trabajadores y de la buena muerte. Dice Francisco:

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no solo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando al *Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando al *Niño y a su madre*.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25, 40). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son “el Niño” que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con

ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre *el Niño y su madre*⁵.

¿Qué conclusiones obtenemos de este pequeño texto?

1. Jesús y María siguen confiados a nuestra responsabilidad, para que los custodiemos, del mismo modo que tiempo atrás se encomendaron al cuidado de san José. Esto lo hacemos cuando amamos a la Iglesia.
2. Ese “Niño” que estamos llamados a seguir custodiando se hace carne de nuevo en cada persona necesitada, pobre, sufriente, moribunda, extranjera, prisionera, enferma. San José los cuida, y nosotros, Iglesia, recibimos esa misma llamada a custodiarlos.

Es responsabilidad de todos, sacerdotes y laicos, poner a disposición nuestras personas para que Dios siga amando por medio nuestro, especialmente a los que no se sienten amados ni queridos por nadie más.

- ¿Te sientes responsable del bien de tus hermanos?
- ¿Te sientes interpelado por Dios a cuidar del Niño y de su madre en las personas de tantos prójimos que gritan a Dios con su vida?

Conclusión

No nos queda más que pedir la intercesión de santa María, que custodiaba las cosas de Dios y las meditaba en su corazón. A ella le pedimos que conceda a todos los sacerdotes ese corazón capaz de

⁵ FRANCISCO, *Patris corde*, n. 5.

custodiar la vida de tantas personas que necesitan de Dios y del hermano; que les conceda un corazón sacerdotal, como el de su hijo Jesús, que intercedía ante Dios por todos, con su oración y sus obras.

Pedimos igualmente la intercesión del santo José, modelo de custodia y protección de las cosas de Dios, aun cuando los propios planes pasan a un segundo lugar para que prevalezca la voluntad salvífica de Dios con la humanidad. Él, que custodió a la Sagrada Familia, custodie también nuestro ser cristiano, nuestra vida como laicos comprometidos y nuestro vivir entregados a los demás.

Oración a san José⁶

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.

⁶ *Ibid.*

